



LA VORÁGINE DESARROLLISTA Y LA CRISIS ECOLÓGICA DEL CAPITALISMO

Camilo Pérez y
Yebrail Ramírez Chaves

*Me quitáis la vida cuando me quitas los medios
para vivir.*

William Shakespeare

El marxista español Manuel Sacristán solía criticar a quienes trataban el problema ecológico-político como un «asunto de moda pasajera» (Sacristán Luzón, 1985), sea para conquistar al electorado, sea para escalar las cumbres burocráticas del Estado, sea para acrecentar la fama personal a lo Eróstrato. Reconociendo la vigencia de la advertencia de Sacristán, el siguiente escrito pretende abordar, desde el marxismo y la teoría crítica, la crisis ecológica actual, procurando explicitar la íntima y necesaria relación entre el sistema del capital y el acelerado marchitamiento ambiental del globo, insistiendo en la perspectiva anticapitalista como genuina alternativa a la barbarie en todas sus formas.

El desgarramiento en el metabolismo social

Uno de los conceptos cardinales de la teoría de Marx es el de *proceso metabólico* [*Stoffwechselprozess*] social, cuya adecuada comprensión filosófica y política ha facilitado al marxismo abandonar el lastre del economicismo y del productivismo en nombre del proyecto socialista, para trazar un programa

Puesto que el «capital se reproduce extendiéndose, sobre la base que él mismo produce», resultan inviables a largo plazo las soluciones reformistas a favor de «equilibrar» producción, consumo y naturaleza dentro de un sistema que, por definición y constitución, existe como desequilibrio económico, social, político y ambiental

alternativo de revolución ecosocialista (Löwy, 2011): «El trabajo es, en primer lugar, un proceso entre el hombre y la naturaleza, un proceso en que el hombre media, regula y controla su metabolismo con la naturaleza» (Marx, 1975, pág. 215). ¿Qué nos quiere decir Marx? «La palabra alemana “*Stoffwechsel*” expresa directamente en sus componentes la noción de “intercambio material” que subyace en la noción del proceso estructurado de crecimiento y decadencia biológicos que encierra el término “metabolismo”» (Foster, 2004, pág. 243), y que Marx utiliza con mayor seguridad y profundidad teórica en su textos de madurez¹ para exponer el proceso mediante el cual se *produce y reproduce* la existencia material, social y espiritual de los seres humanos, la satisfacción de sus necesidades, por medio de la incesante transformación de la naturaleza gracias al trabajo, convirtiendo sus propiedades energéticas, químicas y físicas en útiles para la *vida* de la especie, sin tener en cuenta por ahora las formas históricas que éste adopte (Marx, 1975, pág. 223).

Esta «transformación de lo natural» descrita por Marx, lejos de oponer a los hombres con la naturaleza,

¹ En los escritos tempranos de Marx encontramos ya la consciencia que tenía de la importancia de esta compleja codeterminación procesual entre los hombres y la naturaleza, en especial en los *Manuscritos de 1844*, cuando Karl (2013) señala: «el hombre vive de la naturaleza, (...) la naturaleza es su cuerpo, con el cual ha de mantenerse en proceso continuo para no morir. Que la vida física y espiritual del hombre está ligada con la naturaleza no tiene otro sentido que el de que la naturaleza está ligada consigo misma, pues el hombre es una parte de la naturaleza» (pág. 141). Sin embargo, teóricos marxistas como Alfred Schmidt (*El concepto de naturaleza en Marx*) o John Bellamy Foster (*La ecología de Marx. Materialismo y naturaleza*) coinciden en señalar que únicamente hasta la incorporación y el despliegue crítico del concepto de *proceso metabólico*, obtiene Marx un cuadro teórico de mayor *precisión científica* para comprender y exponer dicha relación.

recayendo en un dualismo metafísico entre sujeto y objeto, los devela en una relación dialéctica, donde el trabajo, entendido como la específica fuerza natural puesta en acto por sus portadores, los seres humanos, media y «desarrolla las potencias que dormitaban en ella [la naturaleza]» (Marx, 1975, pág. 216), al tiempo que los hombres se metamorfosean. De ello surge una mutua regulación (Tim Hayward) dentro de una única totalidad. Según James O'Connor (2001):

En el pensamiento marxista la «vida material» es un proceso de dos caras. Una de ellas consiste en las relaciones técnicas entre los seres humanos y los materiales que brinda la naturaleza, o la apropiación y manipulación de la naturaleza por parte de los seres humanos para su propio uso. Ejemplos de ello son los procesos técnicos de fabricar acero, cultivar la tierra y llenar el ciberespacio. La otra cara consiste en las relaciones sociales con las cuales se organizan las relaciones técnicas, o la organización social de la apropiación y manipulación de la naturaleza. De esto son ejemplos las plantaciones trabajadas por esclavos antes de la guerra de secesión, las comunas aldeanas rusas y el trabajo asalariado, es decir, las relaciones sociales de explotación del trabajo en las sociedades capitalistas (pág. 55).

El proceso metabólico es, pues, la forma concreta de la realidad del ser humano que determina las posibilidades del acontecer de la especie. Dicho proceso es una determinación por cuanto es el momento constitutivo *esencial* del *ser* humano, es la primera *causa* por la que los hombres *son* en su devenir, en su *siendo*. Por ello, este modo de realidad es la única manera que los hombres tienen para resolver la dialéctica vida/muerte. Así, *vivir* es exigencia de

auto sostenimiento, de auto reproducción como vida de la especie; de lo contrario, las posibilidades de cualquier existencia social, de cualquier *por-venir* quedarían anuladas, y el ayer, el hoy y el mañana *no-serían*. Finalmente, la vida humana, en tanto esfuerzo social de afirmarse a sí misma, certifica su cualidad ontogenética. El «hombre mismo se diferencia de los animales a partir del momento en que comienza a producir sus medios de vida (...) Al producir sus medios de vida, el hombre produce indirectamente su propia vida material» (Marx & Engels, 1974, pág. 19), de aquí se sigue que lo «que [los hombres] son coincide (...) con su producción, tanto con lo que producen como con el modo *cómo* producen» (Marx & Engels, 1974, pág. 19).

En tal sentido, el metabolismo social «tiene como contenido el hecho de que la naturaleza se humaniza y el hombre se naturaliza», y su «forma está históricamente determinada en cada caso» (Schmidt, 1976, págs. 85-86). ¿Cuál es la forma histórica actual? La creciente y expansiva irrupción del modo de producción capitalista tuvo como momento genético-constante la separación entre los productores directos y los medios de trabajo (especialmente la tierra), luego de una continua y expansiva dinámica de despojo violento que convirtió a unos hombres, los despojados, en proletarios, y a otros, los despojadores, en propietarios de los medios de producción. Reducidos éstos a propiedad privada para la acumulación incesante de capital y el aumento de la tasa de ganancia, se conformó así la específica relación social capitalista —basada en la desigualdad material y espiritual, la explotación, la opresión, la violencia, la depredación ambiental, el fetichismo, la cosificación y la reificación—. En consecuencia, *la forma histórica moderna del metabolismo social es su propia negación como desgarramiento o fractura de sí mismo, carcomiendo*

sus posibilidades de una continuidad histórica estable. Humanos y naturaleza se enajenan, y su obra más acentuada es el desgarramiento en el metabolismo social.

En una llamativa reflexión en el libro tercero de *El capital*, Marx (1981) anota que:

(...) la gran propiedad del suelo reduce la población agrícola a un mínimo en constante disminución, oponiéndole una población industrial en constante aumento, hacinada en las ciudades; de ese modo engendra condiciones que provocan un desgarramiento insanable [*unheilbaren Riß*] en la continuidad del metabolismo [*Stoffwechsel*] social, prescrito por las leyes naturales de la vida, como consecuencia de lo cual se dilapida [*verschleudert*] la fuerza del suelo, dilapidación ésta que, en virtud del comercio, se lleva mucho más allá de las fronteras del propio país (Liebig) (...) La gran industria y la agricultura industrialmente explotada en gran escala operan en forma conjunta (...) puesto que el sistema industrial rural también extenua a los obreros, mientras que la industria y el comercio, por su parte, procuran a la agricultura los medios para el agotamiento del suelo (pág. 1034).

De tal modo, la doble regulación (Hayward) o las dos caras (O'Connor) del proceso metabólico se desequilibran en una contradicción históricamente trágica para el *βίος*, pues lo prescrito por las leyes naturales de vida es negado por la *forma social* capitalista de producción y reproducción, corroyendo así la única posibilidad de sostener y proyectar la vida misma del ser humano. Los efectos de la contradicción son necesariamente ruinosos, imposibles de encapsular en ciertas regiones del planeta.

El proceso metabólico es, pues, la forma concreta de la realidad del ser humano que determina las posibilidades del acontecer de la especie. Dicho proceso es una determinación por cuanto es el momento constitutivo esencial del ser humano, es la primera causa por la que los hombres son en su devenir, en su siendo

La destructividad ecológica esencial de la civilización moderna

Cuando Marx se refiere al metabolismo social como «prescrito por las leyes naturales de la vida», devela la necesidad de (re)adecuar la sociedad a los ciclos materiales y energéticos de la naturaleza, en contravía de la racionalidad del capitalismo que impide «el retorno al suelo de aquellos elementos constitutivos del mismo que han sido consumidos por el hombre bajo la forma de alimentos y vestimenta, retorno que es condición natural eterna de la fertilidad permanente del suelo». (Marx, 1975b, págs. 611-612).

La crítica al capital se radicaliza en dos frentes: a) objetar la propiedad privada burguesa como límite objetivo de una agricultura racional, b) denunciar que el progreso de las fuerzas productivas «no es solo un progreso en el arte de *esquilmar al obrero*, sino a la vez en el arte de *esquilmar el suelo*; todo avance en el acrecentamiento de la fertilidad de éste durante un lapso dado, un avance en el agotamiento de las fuentes duraderas de esa fertilidad» (Marx, 1975b, pág. 612). Las relaciones inversamente proporcionales de esta lógica *desarrollista* (Berman) saltan a la vista, pues la posible intervención positiva del capital en la naturaleza es siempre marginal, débil su impacto, acotada en duración, en constante disminución, y subordinada al *fin* de la producción burguesa; mientras que las injerencias perniciosas sobre el ambiente son estructurales, profundas en sus huellas, tendencialmente permanentes, aumentado resquebrajamientos catastróficos. Puesto que el «capital se reproduce extendiéndose, sobre la base que él mismo produce» (Schmidt, 1976, pág. 209), resultan inviables a largo plazo las soluciones reformistas a favor de «equilibrar» producción, consumo y naturaleza *dentro* de un sistema que, por

definición y constitución, existe como desequilibrio económico, social, político y ambiental.

En este cuadro conceptual destellan dos tesis fundamentales. La primera, afianza la dialéctica progresión/regresión: «la idea que el progreso puede ser destructivo, un “progreso” (...) en la degradación y el deterioro del medio ambiente natural» (Löwy, 2011, pág. 68). Las fuerzas productivas, como elemento mediador para el intercambio orgánico, devienen fuerzas destructivas bajo el capitalismo (Marx & Engels, 1974), ya que al tiempo que producen los medios de vida, en su desarrollo y expansión, producen su misma ruina con la devastación de la base material sobre la cual el capitalismo asienta todo su andamiaje: los hombres y la naturaleza (Marx, 1975b, pág. 613). Asimismo, teniendo en cuenta que el sistema del capital también forma a la clase que empuñará las armas para su destrucción, se comprende, en consecuencia, que la revolución de las subjetividades escindidas y negativas no eliminará únicamente la división social de clases, sino que debe también redirigir la nueva forma social de vida en dirección opuesta al abismo de la extinción.

La segunda tesis derivada del análisis de la agricultura capitalista, es la *no neutralidad* de las fuerzas productivas, ya que éstas son creaciones humanas, resultado de la praxis histórica, conflictiva, social y productiva de los hombres. Bajo la sociedad dividida en clases antagónicas, las fuerzas productivas cristalizan la racionalidad dominante. Por esta razón, Marx no analiza la agricultura en general, abstractamente, sino la agricultura capitalista, haciendo hincapié en el hecho que el objetivo último de la maquinaria, al igual que el de todas las fuerzas productivas en el capitalismo, es la producción de plusvalor mediante la explotación tendencialmente

Es momento de aplicar el freno de emergencia del progreso destructivo, en clave anticapitalista y ecosocialista como redención de todas las víctimas del sistema, incluidas aquellas que fueron y son muertas o degradadas por la contaminación, la insalubridad, el hacinamiento o el armamento químico usado en las guerras imperialistas

creciente de la naturaleza y los trabajadores. ¡Estamos postrados frente al monumento del trabajo muerto que aflige, tiraniza y asesina al trabajo vivo!

Solamente bajo esta racionalidad teleológica burguesa de las fuerzas productivas, adquieren sentido las siguientes innovaciones tecnológicas, destinadas al robo de los frutos de la naturaleza y a la generación de plusvalor en la rama de producción de petróleo o gas, con la técnica del *fracking*: a) el modelamiento sísmico en 3-D, a fin de encontrar un tipo muy específico de roca en el subsuelo; b) creación de nuevos fluidos compuestos de agua, nano partículas de arena y químicos; c) fabricación de taladros de alta tecnología que portan pequeñas cargas explosivas para la perforación. Mientras se fracturan rocas para su producción utilizando entre 400 y 600 cargas de camiones cisterna de mezcla de agua con químicos tóxicos, que previamente ha requerido del uso de ácidos diluidos, la técnica también puede llegar a afectar la estructura del subsuelo que contiene importantes reservas de agua subterránea. Si Marx tenía una posición crítica con la precarización de la fertilidad del suelo debido a la agricultura capitalista del siglo XIX, hoy no podemos ignorar ni minimizar la brutal lógica depredadora del *fracking*. Si la fractura metabólica fue génesis y caída, el *fracking* es el galope que anuncia los próximos tormentos apocalípticos. Sin embargo, esto es algo menor para magnates orondos y sus representantes políticos, quienes ante las peticiones y exigencias de ecologistas, enfermos y famélicos responden: «¿Habría de atormentarnos ese tormento cuando acrecienta nuestro placer (la ganancia)?» (Marx, 1975a, pág. 325).

Siguiendo el argumento de Elmar Alvater (2006) el posicionamiento de la industria fósil implica que el

consumo de este tipo de energía (cerca de agotarse), que a su vez deriva en el proceso de combustión, «está produciendo tal cantidad de emisiones dañinas para el clima que las condiciones de vida en la tierra cambiarán con consecuencias (...) perjudiciales» (pág. 360). Tal combustión, en consecuencia, «incrementa inevitablemente la entropía global y, al tratar de evitar este resultado desagradable, nuevas partes del planeta (...) han sido incluidas en las estructuras de valorización capitalistas» (Altvater, 2006, pág. 360), debido a la reproducción ampliada de capital y al imperialismo.

Otra dramática manifestación del desarrollismo antiecológico, desigual y combinado (O'Connor, 2003), la tenemos en la ingeniería genética que, supeditada hoy a las demandas del mercado, modifica la estructura del ADN para acentuar determinadas características fenotípicas de un organismo y termina sustituyendo millones de años de intercambios naturales y de selección artificial humana (Darwin). De ello se desconocen con exactitud los efectos que genera dicha ruptura en los ciclos naturales, tanto fisiológicamente en los organismos como en la estabilidad de las poblaciones en los ecosistemas y su riqueza genética. Igualmente podemos señalar otras dimensiones que refuerzan la crisis ecológica, como la obsolescencia programada o la minería en fuentes naturales de agua, que van de la mano con la contaminación global y el agotamiento sensible de los recursos naturales, con funestos impactos en las poblaciones más pobres del planeta Tierra (O'Connor, 2003).

Hacer saltar el *continuum* del progreso antiecológico

La sociedad burguesa es una especie de vorágine

que de manera implacable subsume, revuelve y desecha todos los aspectos de la realidad histórico-ambiental que otrora permanecían distantes a ella. El despliegue cada vez más vasto del capitalismo, su capacidad de abarcar campos sociales, individuales y naturales como nunca antes se imaginó la humanidad, el frenético impulso de la técnica y la industria, todo ello dentro de la totalidad del actual modo de producción, superó de manera abrumadora cualquier otra forma de producción y destrucción anterior. La crisis en su faceta ecológica no empezó *ex nihilo* ni en la década de 1960 ni con el hongo atómico. Fue más bien un largo y sufrido viacrucis que comenzó con el pecado original de la acumulación originaria de capital, y que a partir de la segunda mitad del siglo XX, debido al «giro decisivo con el fenómeno del cambio climático» (Löwy, 2011, pág. 95), adquirió las proporciones tóxicas y perniciosas que amenazan a la humanidad y su hogar, erosionando peligrosamente la vida en el planeta.

Y todo ello no es sino el propio *continuum* del progreso. Este *continuum* es justamente la «catástrofe que amontona incansablemente ruina tras ruina» en un «cúmulo que crece hasta el cielo» (Benjamin, 2008, pág. 310). De aquí que, en términos de Marcuse (1968), el estado actual de cosas sea necesariamente destructivo, tocando ya el punto de inflexión histórica, pues está en su propia constitución el acorralar y negar sus potencialidades afirmativas, para enaltecer y actualizar sus dañinas realidades, debido a que «las invenciones técnicas que pueden liberar al mundo de la miseria sean empleadas para la conquista o para la creación de sufrimiento» (Marcuse, 1968, pág. 102).

En nuestros días es cada vez más urgente y necesaria una disputa global, popular y consciente

que reencuentre a los hombres con la naturaleza, supere toda forma de enajenación y remedie el metabolismo desgarrado, a partir de la estratégica (re)apropiación colectiva y la administración justa y democrática de la producción y el consumo de toda la comunidad, «de acuerdo con criterios sociales y ecológicos que escapan a la lógica del mercado y de la ganancia» (Löwy, 2011, pág. 97). ¡Sí, hay que cuestionar de nuevo la sacrosanta propiedad privada!

Es momento de aplicar el freno de emergencia del progreso destructivo, en clave anticapitalista y ecosocialista como redención de todas las víctimas del sistema, incluidas aquellas que fueron y son muertas o degradadas por la contaminación, la insalubridad, el hacinamiento o el armamento químico usado en las guerras imperialistas. La tarea no se cumplirá limitando el campo de acción a los acuerdos en las grandes Cumbres climáticas de las potencias mundiales. Su realización será con la movilización y lucha de las organizaciones sociales y de las poblaciones condenadas o a convertirse en los basureros de los países ricos o a perecer por falta de medios de vida.

Antes que sucumbir a la fantasía de un hipotético éxodo del planeta –por lo demás graficado de modo admirable en el cine, la literatura o la pintura–, la superación histórico-concreta de la crisis apunta a una nueva salud metabólica a partir de «un tipo de trabajo que, muy lejos de explotar a la naturaleza, se encuentra en situación de hacer que alumbren las criaturas que, como posibles, todavía dormitan en su seno» (Benjamin, 2008, pág. 313).

Referencia bibliográfica

Altvater, E. (2006). ¿Existe un marxismo ecológico? Recuperado el 29 de Abril de 2020, de Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/clacso/formacion-virtual/20100720072323/16Altvater.pdf>

Benjamin, W. (2008). Sobre el concepto de Historia. En W. Benjamin, Obras. Libro I (Vol. 2, págs. 303-318). Madrid: Abada Editores, S. L.

Foster, J. B. (2004). La ecología de Marx. Materialismo y naturaleza. Madrid: Ediciones de Intervención Cultural / El Viejo Topo.

Löwy, M. (2011). Ecosocialismo. La alternativa radical a la catástrofe ecológica capitalista. Buenos Aires: Ediciones Herramienta / Editorial El Colectivo.

Marcuse, H. (1968). Eros y civilización. Barcelona: Editorial Seix Barrial, S. A.

Marx, C., & Engels, F. (1974). La Ideología alemana. Crítica de la novísima filosofía alemana en las personas de sus representantes Feuerbach, B. Bauer y Stirner y del socialismo alemán en las de sus diferentes profetas. Montevideo, Barcelona: Ediciones Pueblos Unidos / Ediciones Grijalbo, S. A.

Marx, K. (1975a). El capital. Crítica de la economía política. Libro primero: El proceso de producción del capital (Vol. 1). México, D. F.: Siglo XXI Editores, S. A. de C. V.

Marx, K. (1975b). El capital. Crítica de la economía política. Libro primero: El proceso de producción del capital (Vol. 2). México, D. F.: Siglo XXI Editores, S. A. de C. V.

Marx, K. (1981). El capital. Crítica de la economía política. Libro tercero: El proceso global de la producción capitalista (Vol. 8). México, D. F.: Siglo XXI Editores, S. A. de V. C. / Siglo XXI de España Editores, S. A.

Marx, K. (2013). Manuscritos de economía y filosofía. Madrid: Alianza Editorial, S. A.

O'Connor, J. (2001). Cultura, naturaleza y la concepción materialista de la historia. En J. O'Connor, Causas naturales. Ensayos de marxismo ecológico (págs. 48-69). México, D. F.: Siglo XXI Editores, S. A. de C. V.

O'Connor, J. (2003). Desarrollo desigual y combinado y crisis ecológica. Recuperado el 29 de Abril de 2020, de Scielo: <https://www.scielo.br/pdf/asoc/v6n2/a02v06n2.pdf>

Sacristán Luzón, M. (1985). Algunos atisbos político-ecológicos de Marx. En J. González, C. Pereyra, & G. Vargas Lozano, Praxis y filosofía. Ensayos en homenaje a Adolfo Sánchez Vázquez (págs. 311-325). México, D. F.: Editorial Grijalbo, S. A.

Schmidt, A. (1976). El concepto de naturaleza en Marx. Madrid: Siglo XXI de España Editores, S. A.